

Búrbujas ardientes

Débora Matheus Bencomo (Mérida, 1992)

Lubio Cardozo

La endecha, la canción de amor es eterna. No importa cuanto se haya escrito al respecto cuando de nuevo se posee el sentimiento y el talento de expresarlo y el estímulo del amor hiere la carne, entonces el poeta cantará esa experiencia iniciática y elevará las palabras como una invocación a ese don, a ese privilegio de la aventura de cruzar en hermosa impudicia la selva ardorosa hecha de infierno y cielo, el amor; de ser poseído por esa locura terrible y maravillosa donde se palpan al unísono el arcano de la muerte y el enigma de la vida, para salir tiritando "en carne viva", como diría el cantautor Raphael, y luego en ese quedo, en ese letargo levantar la canción del misterioso viaje, la pequeña historia alucinada en metáforas y versos como el tributo en escritura y arte de quien estuvo allí.

Débora Matheus Bencomo forma parte de esa pléyade de poetisas valientes quienes cuentan desnuda sus vivencias afectivas cuando éstas van santificadas por el arte. Como si dijera "Yo he tenido la fortuna del amor, allí les dejo un testimonio. Quien me lea compartirá mi sentir, gozará y sufrirá conmigo; les abro mi ventana a la existencia para retar la imaginación, los recuerdos, la alacridad o la nostalgia". Porque en verdad la lectura de este libro vale como un paseo por una de las huertas de la vida donde cuelgan maduras las manzanas de oro del deseo, la pasión, el ardor triunfante o sosegado, la hembra dichosa o triste en esa ruta del tiempo signada por el bien de amar. Trocado en poesía somática para luego volcar esas emociones al verso,

"Mis brazos como juncos interminables
tocaban la luna"

(Esa tarde)

Tu presencia amor
es morir cantando
bajo la lluvia fría".

(Atrapando el viento).

Comparte con los afectos su referente lírico lo telúrico. Vivencias del amor nutridas de un entorno silvestre; campo, árboles, pájaros, nubes, sol, cielo, viento, piedras, río, mar, constituyen el léxico primigenio del cual se enriquecen sus metáforas para tomar las comparaciones de su fuerza, de su energía, de sus hechos de amor. Lo cual levanta a otro horizonte de simpatía su libro. Ternura y naturaleza silvestre, pasión y campo abierto, deseo y tierra afortunada, vigor en el ímpetu de la sangre y robustez en la cálida savia de las plantas. Tal vez en la espontánea combinación de estas dos nociones, de estos dos aspectos, al fin y al cabo habituales en el país de los días, reposa la amenidad de sus textos,

"Ya no eres evocación
sino increíble realidad
(...)
Viento que trota risueño
por la enramada"

(Caricias)

"Trocarme en árbol coralino
de la profundidad del mar
y que tu el pez juguetón
se enrede entre mis ramas"

(Deseos)

Te amo
en el fuego en las cenizas
(...)
En el aletear de pájaros
cuando emprenden vuelo".

(Siempre)

Canciones del amor silvestre bien hubiera podido llamarse este opúsculo donde el eros se expone sin retórica y se deja fluir como quien cuenta sólo al viento los pasos ardorosos por la vida. Anhelos, recuerdos, historias, increpaciones o agradecimientos, sucesos todos acaecidos en el territorio del encanto. Como quien se entrega desnuda sobre la verde hierba a todos los laberintos del amor, y bajo la cúpula azul, las nubes, las estrellas ama con el frenesí de la única oportunidad del tiempo, así Débora Matheus Bencomo pone en nuestras manos el testimonio plural de sus afectos, transmutados en sentidos versos.